

Los cóndores en la oscuridad

1

Los gritos eran entrecortados, filtrándose entre ráfagas de llanto.

- *No, No, No...TE LO PIDO, No, No, No...*

Las nubes jugaban una carrera en el cielo acelerando cada vez más hasta formar franjas uniformes en un cielo ligeramente violáceo.

La escena era algo surreal cargada del elemento inconsciente que puebla los sueños; el saber que no era una pesadilla lo hacía aún más aterrador por lo que se alejó rápidamente. Las personas comenzaban a acercarse agrupándose alrededor del hecho como moscas a la fruta.

Todo el asunto tenía el sabor de una tarde de lunes veraniego, algo superfluo. Cruzó veloz los caminos que descendían hacia la avenida principal, varias miradas conocidas atravesaron su rostro con mezcla de desconsuelo, dolor, vergüenza y... ¿odio? No, quien le odiaría; nadie tenía razones para odiarle.

Las miradas lo seguían penetrando a través de su mente, las ignoro todas, solo quería alejarse lo suficiente para no oír el constante lamento.

- *No, No, No...TE LO PIDO, No, No, No...*

Cruzó algunas palabras con alguien, aunque lo olvido al momento, tal vez un policía; un color azul violáceo se hacia presente en su memoria. Se alejó corriendo, todo el tiempo temía soltar una carcajada nerviosa lo que no sería muy correcto dada la situación.

Corrió camino abajo, buscando el refugio de los motores que se sobreponían más abajo, un velo de rugidos cubriendo todas voces y gritos. Ya no soportaba los gritos, comenzaban a rebotar en su cabeza como pelotas de ping pong.

- *NO, NO, NO...TE LO PIDO, NO, NO, NO...*

- *NononotelopidonononOOO...*

- *NnOoON...PIDoooOONnNOO...*

Caminó hasta gastar sus zapatos nuevos, solo quería alejarse lo más posible del museo y de lo que había hecho... ¿pero que había hecho? Sabía que las cosas no ocurrieron por si solas. Al principio fue todo emoción, sentía sus mejillas enrojecer aunque no tenía nada que ver con la vergüenza, el flujo de sangre en su cabeza siempre aumentaba cuando lo hacía. Pero pronto algo salió mal, había concentrado demasiado su atención en la carta y provocó un... ¿pero qué había hecho?

Ya lo olvidaba, siempre sucedía igual después de que ocurría, cuando se calmaba la sangre bajaba llevándose consigo la memoria de... del... de lo que fuera que hacía. Solo quedaba un sabor agrio en la boca, como leche cortada y un ligero mareo.

Sus zapatos estaban cubiertos de barro, había estado caminando por la cuneta y los bocinazos del tránsito le urgían a apartarse. En el museo la ambulancia ya se había llevado al señor Franco y su viuda continuaba lanzando sus peticiones al viento mientras intentaban calmarla inútilmente.

No recordaba cuanto llevaba andando ni donde estaba, pero al ver la entrada del zoológico se reanimó, la entrada era gratis para menores de doce años y él tenía siete.

2

Mayra Bach estaba cansada de su vida. Estaba harta de cambiar pañales. Estaba harta de despertarse en medio de la noche para acunar al bebé. Estaba harta de tener que ocuparse del pequeño monstruo, de bañarlo, de alimentarlo y soportar sus rabietas. Solo tenía veinticinco años, aún era joven y hermosa; aunque cada día se hiciera, a sus ojos, más vieja y cansada. Su cabello empezó a encanecer poco después del nacimiento del bebé por lo que ahora el rojo natural había sido remplazado por un rojo oxidado, propio de las mujeres maduras.

Su cuerpo también había cambiado, era menos firme y estaba cubierto de estrías en las zonas menos favorecedoras, apenas podía soportar el verse desnuda ni hablar de que él

la viera. El culpable.

Desde el nacimiento de Lily se habían distanciado, y ahora con el nuevo bebé apenas lo veía, algunas veces creía olvidar su nombre, como si el recuerdo de las tardes juntos se hiciera borroso y difuso, visto a través de un velo.

Ahora solo tenía a Lily y el bebé, al bebé y sus depósitos fétidos, los escapes de orina, el vomito de leche agria y el constante llanto.

El bebé parecía odiarla, siempre que lo levantaba lloraba como si la culpaba por algo.

Algunas veces creía que el bebé se daba cuenta de que ella lo culpaba de todo, nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Bárbara a quien contaba todos sus problemas; pero antes del bebé había pensado en abandonar a su marido y empezar de cero. Buscar un trabajo no sería fácil pero siempre tendría ayuda de su familia.

Y Lily. Amaba tanto a Lily como aborrecía al bebé... lo odiaba y si eso la hacía una mala madre ya no le importaba. A veces hasta soñaba con ahogarlo en el lavado de la cocina y huir con Lily. Pero nunca podría hacerlo, nunca se perdonaría por dejar a Lily y eso haría matando al bebé, la encerrarían lejos y él se encargaría de que nunca la volviera a ver.

Tal vez Bárbara sabría que hacer, siempre que estaba en problemas ella parecía capaz de hallar una solución. Habían sido amigas desde el colegio secundario, habían viajado juntas por Europa; cuando tuvieron la posibilidad de viajar no les importó atrasarse un año en sus estudios, aunque solo faltara un par de meses para completar el curso, una oportunidad como esa no se presentaba todos los días. A veces deseaba haber muerto en Europa cuando aún era feliz. Luego la vida había sido una avalancha emocional, los rompimientos, desencantos amorosos y problemas familiares. Bárbara siempre había estado allí para ella, pero desde el nacimiento del bebé se habían distanciado, ya no tenían tiempo para charlar; apenas si cruzaron unas palabras cuando la visitó en el hospital y luego de eso todos sus encuentros eran un manchón borroso en la memoria. Empezaba a hacer frío, el día que empezara azul y despejado se había cubierto de

oscuras nubes grises, amenazando con desatar una tormenta sobre la ciudad. Mayra reviso su reloj, había estado esperando por horas y Bárbara no aparecía.

Mientras se cubría con el pesado echarpe de lana que le había regalado su madre la navidad pasada, echó un ojo en derredor tratando de encontrar alguna señal de Bárbara, pero el Zoológico se estaba vaciando. Consultó nuevamente su reloj, eran casi las siete pronto se cerrarían las puertas. En todo caso podría esperarla en la entrada por si se había atrasado por algo. Pero...

El sonido del llanto...

Un llanto infantil...

Un niño perdido...

¿Eres una madre?

...

¿Eres MI madre?

El ruido llamó su atención arrastrándola como una marioneta. Un niño se había separado de sus padres, estaba solo, llorando, desconsolado. La imagen de Lily voló rauda a su mente. Lily perdida, separada de ella para siempre. Ese niño sería el Lily de otra madre.

El sufrimiento del niño se hizo físico en ella. Un dolor vago y penetrante le cruzó el abdomen a la altura de la cicatriz de la cesárea. Lily había nacido en parto natural pero el bebé debió lastimarla desde el principio, siempre buscaba la forma de lastimarla, como él.

Mayra se acercó al niño guiándose por el sonido, venía de muy cerca, más allá de los arbustos de bambú que rodeaban la jaula de los cóndores.

Al cruzar apurada a través de las duras ramas se lastimó, cortándose en brazos y piernas con los filosos extremos del bambú; pero no sintió dolor, solo el anhelo de alcanzar al

niño.

Por alguna razón creyó que vería a Lily junto a los cóndores. Pero en su mente la niña se hallaba en el interior de la jaula, el abdomen abierto con el corte de la cesárea mientras las aves revolvían sus entrañas con sus monstruosos picos.

Al cruzar las últimas ramas lo tuvo frente a ella.

3

Los cóndores lo habían calmado. Siempre que su madre lo llevaba al zoológico se quedaba horas admirándolos. A ella no le gustaban los cóndores, de hecho no le gustaba ningún pájaro, por eso solía dejarlo en la entrada del Zoo hasta que este cerraba y al rato pasaba a buscarlo en la entrada. Era una mujer muy práctica.

Pero esta vez no recordaba cuando lo habían llevado. No recordaba nada de ese día por más que se esforzara.

A veces pensaba que si hacía mucha fuerza, podría hacer brotar los recuerdos, como flores... o cartas. ¿Cartas? Que tenían que ver las cartas con las flores o los recuerdos.

Trató de repetir el ejercicio que la señorita Claudia les había enseñado en la escuela. Era un ejercicio para hacer memoria, como cuando uno había perdido algo y necesitaba encontrarlo.

Primero tenía que pensar en lo que había perdido, o cual había sido la última vez que lo viera. No podía recordarlo bien, por algún motivo sus recuerdos parecían desvanecerse.

Pero la imagen de la carta continuaba apareciendo frente a él, por eso decidió concentrarse en la carta. Cerró los ojos como le había enseñado la señorita Claudia y puso la mente en blanco. Solo que en su mente todo era negro, no había nada de blanco en ella.

La oscuridad lo rodeaba y más allá de la oscuridad podía escuchar el aleteo de los cóndores.

Capas de oscuridad.

Niveles de oscuridad.

Su madre siempre le decía que la gente veía las cosas en blanco y negro, o en variedad de grises. Pero él siempre veía más allá del negro. Podía ver de lo que estaba hecha la oscuridad.

Las capas se abrieron, develando una sombra monolítica en su mente. Una sombra ilustrada. Una figura se desdibujaba en la sombra. Una serie de arabescos entrelazados como la serpiente que devora su cola, la señorita Claudia les habló de ella, representaba la eternidad y su nombre era...era... no podía recordarlo.

Súbitamente la imagen se expandió como la cola del pavo real, nunca le había gustado ese pájaro prefería los cóndores; el pavo real tenía demasiados ojos para verlo, él también podría ver las capas de oscuridad y esto le asustaba.

Sabía que era la imagen, la repetición del rectángulo era inconfundible; lo había visto centenares de veces en actos de magia durante cumpleaños y otras fiestas. Era una baraja. Y ahora se extendía hacia él. Sabía también que se esperaba que hiciera. Las cartas desfilaron ante sus ojos con un lento movimiento. Cuando estaba a punto de tomar la última carta se detuvo, esa era una mala carta. No quería ver que ilustración se hallaba debajo. Por eso se apresuró a tomar una de las cartas del centro. Ahora que la había tocado veía lo grandes que eran las cartas. Se parecían al espejo que su madre guardaba en el cuarto vestidor junto a su dormitorio. Ese cuarto que le estaba prohibido. Pero mamá no sabía que, cuando ella no estaba, entraba al cuarto. El espejo era tan grande como la pared y la carta era tan grande como el espejo. Y al igual que con este veía en la carta cosas que no deberían estar allí.

La imagen ilustrada no se parecía a la de ninguna baraja. Conocía bastante de cartas y la mujer pelirroja que estaba ilustrada no era ninguna reina de corazones, espadas, diamantes o tréboles. Tampoco pertenecía a la baraja española con la que jugaba con la abuela. Ni siquiera se parecía a los arcanos mayores que su madre usaba para leer el

destino.

Siempre le habían parecido unas cartas muy tontas pero ella se las tomaba en serio y nunca se las daba para jugar.

Pero sabía que las guardaba en el cuarto vestidor. La primera vez que entró y vio el espejo las cartas estaban allí. Las había tomado y sacado de la caja gastada que las contenía; decía TAROT en letras grandes y doradas, pero su madre siempre las llamaba arcanos mayores.

“El hombre del museo tenía unas cartas iguales, era una de esas personas que leen las cartas, como mamá”

La carta estaba muy bien ilustrada. La mujer pelirroja estaba parada en una cocina muy bonita, con cortinas blancas y loza color rojo como su pelo. Parecía que lavaba los platos, pero lo que había en la piletta de la cocina no parecían platos, era rosado y tenía pelo.

Era un bebé.

Es un bebé.

“¿Soy yo?”

“¿Ella es mi madre?”

“¿Mi madre esta enojada porque toqué sus cartas y vi a través del espejo?”

No pudo evitar el llanto, brotó como una cascada, como una cañería rota. El rostro debajo del agua se parecía cada vez más a él. La mujer pelirroja estaba de espaldas pero él sabía que si se volteaba vería una horrible sonrisa. La sonrisa en el rostro de su madre.

“¡¡¡VETE, DEJAME EN PAZ!!!”

La carta se oscureció y volvió al mazo. Este comenzó a barajarse nuevamente y luego siguió desfilando frente a él. “Elige otra carta”, dice el mago. Pero no había ningún

mago, solo oscuridad.

Detuvo el desfilar de cartas y acercó la mano al último naipe. Recordó que era una carta mala y volvió a elegir una del centro.

El naipe se acercó a él y esta vez era aún más grande que el espejo, más grande que el cuarto vestidor o su cuarto. Era tan grande como la jaula de los cóndores y la imagen que ilustraba era la misma jaula.

En el interior los cóndores se abalanzaban sobre algo rojo. Muchas veces los había visto comer. Una señora muy amable y joven como la señorita Claudia les daba enormes cortes de carne. La señora le había contado que los cóndores no comen carne viva, se llaman carroñeros y solo se comen a los animales que ya han muerto.

Por eso le gustaban mucho los cóndores, nunca lo atacarían y le protegerían de lo que se ocultaba de la oscuridad. De algo que no estaba vivo.

La señora incluso le había regalado una bonita pluma de cóndor. Era brillante por un lado, casi plateada y otro de sus lados era negro y lustroso. Había escondido la pluma en la mochila en cuanto fue a la salida ya que su madre no le dejaría tenerla. Pero siempre que estaba solo la sacaba de su escondite para tocarla, su tacto era suave y sedoso. Le gustaba imaginar que volaba sobre el cóndor, sobre su lomo suave y sedoso como la pluma. Y el ave le alejaba de su madre y de las cartas. Y de algo que no estaba vivo.

Pero en el naipe los cóndores no comían carne muerta. La cosa roja era una niña pequeña. La niña tenía el abdomen abierto y los cóndores tomaban su sangre y estiraban jirones de carne como el había visto que hacían con su alimento. La niña se parecía mucho a la mujer de la otra carta, aunque no le había visto el rostro sabía que era su hija.

- ¿Estas perdido? – una voz en la oscuridad

La niña se volteó y sonrió con el rostro salpicado de sangre.

- ¿Sabes donde esta tu madre? – la voz estaba nerviosa y temblaba, tenía frío también, siempre hace frío en el lugar oscuro.

La niña se paró junto a las grandes aves, abrazándolas mientras estas continuaban escarbando en su interior. Levantó la mano, señalaba algo más allá del naipe. Hacía el mazo.

La última carta se agitaba inquieta, si no salía pronto de la oscuridad se voltearía. Tenía miedo de la última carta. Era la peor carta. El hombre del museo también temía a la última carta, era un tarotista como mamá, pero él hizo que tirara su propio destino y había visto el diseño que trazaba el naipe.

- Ven conmigo, la salida no esta muy lejos. Tu madre debe estar muy preocupada – la voz sonaba apremiante

La carta se agitaba con la voz, la voz agitaba la carta.

Ahora sabía lo que quería mostrarle y que no debía abrir los ojos o la carta cambiaría el destino. Se había equivocado, esa baraja era arcana, pero no como la de su madre.

Las tinieblas comenzaron a agitarse.

Detrás de las capas de oscuridad unas manos lo agitaban, despabilándolo, alejando las naipes una por una.

Cuando por fin abrió los ojos solo la última carta permanecía en su mente, volteándose, revelando la imagen que tenía ante él.

Mayra nunca llegó a gritar.